

Hacia un complemento de la tetralogía del exilio español: su visión fascista

Raúl ÁLVAREZ

Michigan State University
alvare23@msu.edu

RESUMEN

El artículo ofrece una visión perspectivista del **exilio** español como *inventio*, basándose en producción ensayística, historiográfica y de ficción, creada durante los años del franquismo. Hasta ahora, este fenómeno ha sido estudiado de forma casi exclusiva como un episodio republicano, y desde una perspectiva reivindicativo-republicana. El presente estudio intentaría completar esta visión, explorando otras perspectivas no tan bien conocidas del éxodo que trajo consigo la **Guerra Civil Española**. Para lograr su objetivo, ofrecería un estudio introductorio de la **visión fascista** de su propio exilio y del republicano, indagando en los usos ideológicos que el régimen franquista hizo de ambas visiones a lo largo del tiempo, con el objetivo último de presentar una visión más completa del fenómeno en general.

Palabras clave: Exilio, *inventio*, Guerra Civil Española, visión fascista.

ABSTRACT

This article offers a vision in perspective of the Spanish **exile** as *inventio*, as it is seen in a production of essays, historiography and fiction which was written during the years of the Franco regime. Until now, this event has been studied almost exclusively as a republican episode and from a claiming-republican perspective. The present study will attempt to complete this gaze as it explores another, not so well-known vision of the exodus resulting from the *Spanish Civil War*. In order to attain this goal, this article will present an introductory study of the **fascist vision** of both, its own exile as well as that of the republicans. It will also consider the ideological uses that the pro-Franco regime made of both perspectives throughout the aforementioned time period with the ultimate objective of presenting a more complete vision of the phenomenon as a whole.

Key Words: Exile, *inventio*, Spanish Civil war, fascist vision.

El artículo que se presenta a continuación no pretende ser otro estudio general sobre el exilio español de la Guerra Civil, sino explorar una parte hasta ahora bastante desconocida de la creación literaria, ensayística e historiográfica, que convirtió a este complejo fenómeno en materia de escritura. El exilio, desde el mismo momento en el que se produjo, fue tomado como tema para diversos fines y desde postulados ideológicos muy diversos, bien fuese por los propios exiliados o por personas que nunca lo sufrieron. Hasta el momento, y sobre todo a partir del despertar que supuso la voluminosa obra de José Luis Abellán¹, se ha venido estudiando el

¹ J. L. Abellán (1976-1978).

exilio como fenómeno y como tema, principalmente desde un punto de vista reivindicativo-republicano². A mi entender, esta lógica reacción, derivada de los propios acontecimientos históricos y del loable objetivo de rescatar su memoria, podría ser ampliada con una aproximación tetralógica a su tratamiento. Ésta partiría de la existencia de cuatro visiones materializables en producción cultural, y que tendrían entre sí un enlace histórico: la visión republicana o no fascista reivindicativa del exilio republicano, la más estudiada; la visión republicana o no fascista del exilio fascista, que desconozco totalmente; y, por último, las visiones fascista del exilio republicano, y del propio exilio. Una introducción a las dos últimas perspectivas será el objeto de este trabajo, que intenta ser un paso adelante hacia el complemento de esta tetralogía del exilio exterior, lo que podría finalmente redundar en una visión más completa, no sólo de su uso como tema, sino del fenómeno del exilio en general³. Antes de pasar adelante con esta visión perspectivista del exilio como *inventio*, me gustaría puntualizar algunos de los términos que voy a emplear en mi estudio. Cuando hablo de tratar el tema del exilio desde un punto de vista «fascista», entiendo este término, como adhesión en un sentido amplio al sistema de gobierno autoritario y nacionalista que surgió tras el levantamiento militar contra la República en 1936⁴. Otro aspecto que conviene aclarar es el concepto de exilio que manejaremos a lo largo del artículo, y que se centrará por razones metodológicas, en aquellos individuos que han sufrido un desplazamiento físico o geográfico forzado, impuesto, y que no es el resultado de su elección personal. A nadie es desconocido el uso flagrante de la historia por parte de los regímenes totalitarios para formar y reformar identidades. Sin duda, el franquismo, dentro de una estrategia más amplia para escamotear la existencia de una España con identidad variada, y reemplazar ésta por otra ficticia construida sobre el mito, trató de crear una imagen de sus propios exiliados y de los exiliados republicanos, usando entre otros medios la historia y la literatura. La mayoría de las obras que estudiaremos a continuación responden a un intento de construir la memoria de ambos grupos de exiliados, bien borrándola⁵ o difamándola, o bien mediante una idealización sublimada. Será desde este punto de vista de su uso ideológico, desde donde será analizada, primero la imagen creada por el fascismo español sobre su propio exilio, para pasar después a tratar su construcción del republicano, acabando con unas conclusiones que en ningún caso pretenden ser tajantes. En relación con esto, conviene declarar desde el principio que

² «La que hemos llamado emigración de la guerra puede y debe llamarse con toda justicia exilio republicano, pues aunque no todos eran republicanos de convicción, al menos habían aceptado la república de 1931 como única legalidad vigente» (J. L. Abellán 1976-78, p. 14). Esta visión del exilio, sólo a partir de 1939 es a todas luces insuficiente, pues por ejemplo obviaría la existencia de un exilio fascista anterior, que tuvo también su propia manifestación cultural. El mismo autor persiste en su visión en su bibliografía más reciente, como *El Exilio como Constante y como Categoría* (2001), donde presenta el exilio como una constante resultado de la «mentalidad inquisitorial» de las fuerzas reaccionarias, lo que obvia al menos que se reconozca esta mentalidad en los republicanos, la existencia de un exilio fascista.

³ La tetralogía del exilio exterior sería a su vez completada con el estudio del interior, para el que la obra de Paul Ilie *Literature and Inner Exile*, citada en la bibliografía, es un referente ineludible.

⁴ J. Rodríguez-Puértolas (1986), p. 9.

⁵ «La voluntad de exterminio que anidaba en el victorioso ejército franquista les llevó a decretar —al fin de la guerra civil en 1939— que el exilio no existía» (J. L. Abellán 2001, p. 112).

nos encontramos ante un estudio relativamente novedoso, y en el que se van a analizar principalmente materiales originales, obras históricas, ensayos o ficción que en la mayoría de las ocasiones no han recibido un tratamiento anterior desde este punto de vista. Esto convertiría este artículo en una introducción abierta, y sujeta a las modificaciones sobre el tema que de futuras investigaciones se pudiesen derivar.

Tras la finalización del conflicto bélico que enfrentó a unos españoles con otros entre 1936 y 1939, cientos de miles de republicanos hubieron de asilarse en distintos países, saliendo del país un volumen de población sin precedentes en su historia. La reacción de los vencedores de la contienda ante un hecho histórico de tal magnitud, tomó diferentes formas, que fueron desde la ocultación de esta realidad, hasta los intentos, muchas veces fructíferos y en colaboración con las autoridades de los países receptores, de forzar su vuelta. Es en este contexto de reacciones donde hemos colocado la construcción magnificada e idealizada que el fascismo hizo de su propio exilio, y que se manifestó en diferentes obras. No pretendo decir con ello que los libros que a continuación se analizan formen parte de una campaña de propaganda absolutamente orquestada desde el nuevo régimen, pero fuese como fuese su surgimiento, sin duda fueron susceptibles de ser utilizados con diferentes fines, como el de contrarrestar el peso del exilio republicano. Si bien encontramos algunos casos de exiliados autores, como Edgar Neville o Joaquín Calvo Sotelo, el tratamiento del tema suele ser externo. La poca duración del exilio fascista como consecuencia de la victoria de Franco, amén de la ya referida funcionalidad, hace que la cronología de las obras que lo tratan sea, por lo general, cercana al conflicto. Esta circunstancia haría el enfoque evolutivo menos relevante para el análisis, lo que unido a una clara función ideológico-representativa de los personajes o tipos encontrados, hace más conveniente una aproximación desde el punto de vista de las diferentes clases sociales que apoyaron el alzamiento. De esta forma, el exiliado fascista sería mostrado como una especie de mártir que encarnaría los valores de la nueva España de Franco: caballerosidad, superioridad moral, hidalguía, dignidad en la pobreza. Poseería además una capacidad de sacrificio vinculada a un contexto católico, y que sería el máximo exponente de un sistema de valores perfectamente aplicable al periodo de posguerra en el que surgieron estas obras. Si los personajes nobles, hidalgos o de la pequeña burguesía nacional exiliada supieron llevar la pobreza lejos de su patria, con dignidad, espíritu de sacrificio, y sin quejarse, todo el mundo sería capaz de hacerlo en la precariedad de la nueva España salida de la guerra. En línea con todo esto va la propuesta de Azorín en *Españoles y París*⁶, una colección breve de relatos con una visión poética y simbólica del exilio, que intenta combatir el desgarramiento que lo caracteriza con la evasión del arte y con la religión. Estos serían los principales medios con los que el exiliado habría de mantener su propia identidad cultural, con lo que el Louvre y los templos se convertirían en sus principales refugios, en un París que siempre aparece como un lugar de extrañamiento por la lengua, el clima o la comida. La mayoría de las historias se articulan sobre la analogía de alguna característica del personaje o de su circunstancia vital

⁶ Azorín (1939).

con el mundo clásico o bíblico, que Azorín usa en su particular mitificación del exiliado: Edipo llega a París, Homero en el Louvre, Jacob en París, El pobre pescador. Si bien a veces resulta difícil de dilucidar, la procedencia social de la mayoría —nobles, religiosos, burgueses—, sus actividades en París, la ideología que transmite la obra en conjunto —añoranza de un mundo armónico señorial, patriarcado bíblico, dignidad del antiguo rico ante la nueva situación de estrechez—, nos permite afirmar que se trata de exiliados del bando nacional. Una particularidad es que los sentimientos del exiliado son analizados a veces de forma minuciosa, destacándose la desubicación, la ansiedad por noticias y cartas de España, el cambio —tras el reencuentro, la otra persona percibe que el emigrado ya es otro—, la ausencia espiritual, el odio, el deseo de venganza, el extrañamiento. A su vez, el hecho de que haya emigrados de una extracción social alta, permite el análisis de su drama en comparación con anteriores visitas turísticas a París, aspecto que enriquecería bastante el análisis del sentimiento nostálgico del exiliado. Personajes del mismo corte, aunque sin el elemento fantástico y simbólico-artístico de los de Azorín, encontramos en la obra de Edgar Neville *Don Pedro Hambre*, trasunto exiliado del hidalgo pobre del Lazarillo con algo de pícaro, pero simpático, que alimenta su dignidad y su estómago con las palomas de los parques de París⁷. Neville destaca la falta de responsabilidad en su situación de exiliado, elemento común en el martirologio fascista de su exilio, si bien lo hace con cierto cinismo, pues hubo de salir de España por sólo dos motivos: ser propietario y tener barba. Este tono cínico está presente en toda la obra, incluso como forma de combatir el malestar interno que produce la condición de exiliado, lo que hace exclamar a uno de los tertulianos franquistas amigos de Pedro: «lo que no perdono a las izquierdas es que le hayan dado la razón a esas señoras gordas que se han pasado cinco años diciendo que venía el comunismo»⁸. El protagonista no toma café en las tertulias y aunque se le hace la boca agua ante los bien surtidos escaparates parisinos, su patetismo es siempre digno y nadie le ve. Las dos Españas son trasplantadas al corazón de París de forma espacio-simbólica, y así Don Pedro baja siempre los Campos Elíseos por la acera izquierda, para evitar la esquina de la Avenida Georges V, donde está el café donde se reúnen «toda clase de rojos, ladrones y malhechores de mayor o menor talla más o menos adscritos a la embajada»⁹. El idioma es una barrera infranqueable, y sólo conoce dos o tres palabras en francés, usando la imaginación para componer lo que no entiende en los periódicos sobre la guerra. Con todo, su situación, al igual que la de sus amigos de tertulia, es siempre provisional, y la mayoría están a la espera del salvoconducto que les permita entrar en España. Están todos muy unidos, cuando uno marcha mueve la causa de los otros en España, su sentimiento patriótico es muy acentuado, y son conscientes de representar a la España inmaterial y lírica frente a la materialista de los rojos. La novela de Torrente Ballester *Javier Mariño* (1943), también nos ofrece la historia de un personaje tipo de la España nacional, fruto de la pequeña

⁷ E. Neville (1941).

⁸ E. Neville (1941), p. 171.

⁹ E. Neville (1941), p. 165.

burguesía y la nobleza gallega. Su espíritu aristocrático lleno de prejuicios y suficiencia le impide viajar en el metro, y la vez que lo hace cede su asiento con urbanidad, asociando esta virtud al ser español y de derechas. Mariño triunfa con maneras quijotescas sobre la babel cosmopolita y depravada de París¹⁰, no sólo sin renunciar a los principios nacionales, sino sufriendo una conversión de su afán racionalista inicial y de sus tibias creencias religiosas, que se convierten en fervor. A su vez, de forma simbólica, acaba convirtiendo a la comunista francesa de familia bien de la que se enamora, del mismo nombre que la bíblica Magdalena, y a la que incluso acaba perdonando el que hubiese tenido un amante antes que él. El exilio fascista a América es representado por la novela de Alberto Insúa¹¹ *Nieves en Buenos Aires*, en la que la protagonista, viuda de falangista y exiliada en Argentina, ya se siente exiliada antes de la guerra con la llegada de la República, en una especie de exilio interior previo a su salida de España¹². De la mano de Nieves, joven conservadora de familia acomodada, Insúa nos muestra el mundo de los exiliados en Buenos Aires de una forma esquemática y maniquea: los nacionales estarán llenos de cualidades frente a lo soez, inmoral y lascivo de los republicanos que se reúnen en la pensión de su tío. El extrañamiento que le produce el nuevo país es profundo: tiene una actitud negativa hacia la variedad argentina del español, le cuesta llevar el cambio de estaciones, el olor de los colectivos molesta a su espíritu aristocrático español, y considera falta de personalidad la mezcla cultural de una ciudad, cuya opinión pública está a favor de la República. El único espacio seguro en este babilónico y hostil Buenos Aires serán las iglesias, espacio neutro atemporal y ageográfico muy simbólico, pues hasta el Concilio Vaticano Segundo el uso del latín hacía todas las iglesias católicas del mundo iguales¹³. La novela además resulta de interés, al alinearse la protagonista en el proyecto imperial del nuevo orden, casándose con un argentino, y respondiendo a la necesidad de españolizar la desvertebrada Argentina. En adición a lo dicho, es relevante el hecho de que toque tangencialmente el tema del regreso del exiliado, pues tras volver a España para su viaje de novios, Nieves se da cuenta del cambio y de la falta de enraizamiento, que la obligan de nuevo a buscar refugio en las iglesias, y a volver finalmente otra vez a un destierro argentino que ya no será destierro, sino su verdadero hogar.

Un capítulo aparte del exilio fascista lo compondría el exilio religioso, cuyo sacrificio ya visto en los otros exiliados se vería intensificado, por la especial persecución que sufren y el prestigio de su ministerio. No he encontrado más testimonio que el de algunos cuadros de *Espanóles en París* y el final de la novela de Ferrari Billoch

¹⁰ Es memorable el episodio en el que acude a un mitin comunista e increpa al orador, enfrentándose a la multitud y jugándose la vida.

¹¹ A. Insúa (1955).

¹² P. Ilie (1980), p. 22.

¹³ Este ámbito religioso podría ser interpretado en ésta y en otras obras del exilio fascista, como la ya estudiada de Azorín, como un *no-lieux* o no-lugar, uno de esos espacios que según Marc Augé mantienen las mismas coordenadas en las diferentes partes del planeta. Para más información sobre este particular ver Augé, Marc: *Non-places: Introduction to an anthropology of supermodernity*. Trans. John Howe. London, Verso, 1995.

La Monja Fugitiva, pero ambas obras presentan características comunes¹⁴. En la primera los religiosos son los exiliados nacionalistas más favorecedoramente retratados por Azorín, que desmonta todos los tópicos tradicionales del anticlericalismo: son moderados en el comer, trabajadores y pobres. París sigue planteando un problema de identidad para los religiosos, pues han de seguir vestidos de civil, lo que convierte a la capital francesa en un mero lugar de paso hacia la anhelada Roma. El mismo destino y problema tiene Sor Victoria, la protagonista de Ferrari Billoch, que ha de salir de España sin hábitos para salvarse de las hordas rojas, rememorando la heroicidad de los primeros cristianos cuando fueron perseguidos. Finalmente, conseguirá embarcar desde Valencia hacia la capital italiana, donde podrá reintegrarse a la vida del monasterio y alcanzar la paz y el orden espiritual que le niega la turbulenta España Republicana.

Sin embargo, va ser sin duda la que podemos denominar «Literatura de Embajada», la creación más distintiva y original de la visión fascista de su propio exilio. El hecho de que Madrid quedase, desde el primer momento, en poder de la República hizo a muchos nacionales refugiarse en las diferentes delegaciones diplomáticas de la capital. Por otro lado, la extracción social alta de los exiliados franquistas les hacía tener más contactos y amistades entre el cuerpo diplomático internacional. Exiliados republicanos de embajada también hubo, sobre todo después de la toma de Madrid por los franquistas el 28 de marzo de 1939, pero no parecen haber dejado este tipo de testimonio literario. Si dejaron otro, e incluso se da la curiosa coincidencia de que en la embajada de Chile en Madrid, donde tiene lugar una de las obras fascistas que vamos a estudiar, posteriormente un grupo de refugiados republicanos publicó la revista *Luna* entre 1930 y 1940¹⁵. Antes de pasar a analizar estas manifestaciones literarias, conviene señalar que en todas ellas la condición de refugiado es entendida como una fase previa al exilio, como un paso inevitable de inestabilidad y sufrimiento, que hará el desalojo y el destierro posteriores algo deseable a sus protagonistas. Esto hace que encontremos una mayor tendencia al análisis introspectivo, resultado de lo reflexivo de la situación, y del hecho de ser un lugar privilegiado para el estudio de las reacciones del ser humano ante una situación límite prolongada¹⁶. No se le escapan las posibilidades de este espacio teatral a Joaquín Calvo Sotelo en *La Vida Inmóvil*, donde dramatiza las aventuras y desventuras de un grupo de refugiados en la embajada de Chile, con un claro carácter autobiográfico¹⁷. El preámbulo de esta obra sería crucial y podemos calificarlo como el manifiesto de esta «Literatura de Embajadas». En él se citan dos precedentes¹⁸, se ensalza el emplazamiento dramático creado como lugar donde salen a relucir las

¹⁴ Azorín (1939), y F. Ferrari Billoch (1939).

¹⁵ Para una información más completa sobre este interesante producto cultural consultar la aportación de Manuel Andujar en J. L. Abellán: *El Exilio Español (1976-78)* III, pp. 87-89.

¹⁶ Las posibilidades que espacios similares ofrecen al espectador, no ha pasado desapercibida a los creadores actuales de *Reality Shows*.

¹⁷ J. Calvo Sotelo (1939).

¹⁸ *Embajada* de Arrozamena y Puente y *El Otro Mundo* de Jacinto Miquelarena, para los que no ofrece fecha, J. Calvo Sotelo (1939), p. 10.

pasiones humanas «no es igual ceder el paso a alguien en el tranvía que en las escaleras del refugio», y se comentan las posibilidades que tiene el tema de ser novelado. La obra presenta todas las características que posteriormente veremos repetidas en otras creaciones del subgénero, como la presencia de símbolos temporales, de calendarios y relojes que marcan un sopor y hastío atroces, el aplazamiento continuo del final de su situación, con constantes cambios de la fecha límite en que acabará el encierro, el paso fácil de la euforia a la depresión en los protagonistas, la avidez por la información del exterior, el contraste dentro (civilización)-fuera (barbarie roja) con la radio como vínculo simbólico entre los dos espacios, la figura de Franco revestida de mesianismo, la angustia provocada por la indiferencia de la naturaleza ante la situación, por seguir la vida sin ellos, el deterioro progresivo de la situación material, el pequeño robo de comida que desencadena un conflicto ético, la visión positiva del país de destino al ser evacuados, y el heroísmo quijotesco de algún personaje, que bien decide salir y jugarse la vida o, como en este caso Javier, no accede a ser evacuado porque prefiere arriesgarse sólo para ver la entrada triunfal del caudillo en Madrid. Calvo Sotelo acertó en la predicción de su preámbulo, pues del mismo año que su obra es la novela *Una Isla en el Mar Rojo*, que presenta similitud en la temática y el mismo carácter testimonial, pues su autor, Wenceslao Fernández Flórez, también se refugió en una embajada¹⁹. De este modo, en primera persona, su *alter ego* Ricardo cuenta su persecución en el Madrid revolucionario donde reinan la ilegalidad y el caos, y hasta donde el cielo tiene una luna como la hoz comunista. Finalmente, consigue encontrar refugio en la embajada alemana gracias al contacto de una amiga, donde a los elementos ya citados se añaden el pensamiento de literaturizar la experiencia ya presente en algunos personajes²⁰, y el malestar que produce la falta de privacidad como consecuencia del hacinamiento, dentro de una obsesión panóptica colectiva que podemos calificar de foucaultiana. La tensión dramática se estira al máximo con los bombardeos y los precedentes de asalto a otras embajadas, quedando sólo como alternativa la fuga. Así, Ricardo y un grupo de hombres consiguen huir a Valencia y desde allí a Francia, donde tiene una existencia apática y rehuye a los españoles. Tras un desengaño amoroso logra el salvoconducto y vuelve a España. Allí logra la restitución de su ser sin pérdida de españolidad, siendo su ilusión recuperable en una España nueva que no permite que decaigan los ánimos, aunque resulta curioso que en lo primero en que piensa tras su vuelta sea en la embajada. De mayor calidad literaria es *República Barataria* de Torrente Ballester²¹, que sitúa una delegación ficticia en el país de Mininuslandia, pero donde claramente se ve reflejado el conflicto español, al estar rodeados los protagonistas por el fanatismo revolucionario. Juega muy acertadamente con el contraste dentro-fuera mediante la interacción de los refugiados con los guardias que vigilan el recinto, y la tensión constante del asalto. La extrapercepción de lo temporal está muy presente en las acotaciones y con los elementos simbólicos ya referidos, en

¹⁹ W. Fernández Flórez (1939).

²⁰ Santos Sanz Villanueva comenta esta misma actitud aplicada a los republicanos que marchaban hacia América, y que ya en el barco empezaron a escribir su novela (J. L. Abellán, 1976-78 IV p. 182).

²¹ G. Torrente Ballester (1942).

una percepción del tiempo del refugiado como coordinada subliminal, muy parecida a la apuntada por P. Ilie²². Pero además Ballester crea un microcosmos, en el que algunos refugiados organizan una revolución y se hacen amos de los recursos, imponiendo a los demás una especie de dictadura que prefigura lo que hubiese sido España de triunfar la República. Sin embargo, es de resaltar el avance ideológico que supone con respecto a las anteriores, al analizar negativamente a los dos tipos antagónicos de la obra como fanáticos, el tradicional revolucionario, pero también el religioso conservador, al que para salvar las apariencias el autor convierte en protestante.

Una vez fijadas las bases del estudio y analizada la visión fascista de su propio exilio, trataremos de explorar cómo ésta se complementa con su construcción del republicano, que hemos de examinar en el contexto ya descrito de reacciones del régimen ante el fenómeno, pero sin perder de vista su mayor amplitud temporal. Puesto que la visión de los asilados de la República respondió a dos tendencias, una combativa y otra más conciliadora, pero a su vez fue variando con el tiempo, estimo un análisis ideológico-cronológico como el más adecuado. Éste nos ofrecería, por tanto, la posibilidad de reflejar la evolución de pensamiento del propio franquismo hacia la realidad exiliada. Desde un primer momento, el nuevo régimen trató de compensar la pérdida del contingente republicano a través de una postura de autosuficiencia que negaba el valor de lo perdido: la Anti-España²³. Como muy bien señala J. L. Abellán, la historiografía nacionalsindicalista, al exagerar la cifra de los muertos a un millón, incluía de forma psicológica a los exiliados, a los que equiparaba con los muertos (1976-78, p.112). De este modo, se puso en marcha toda una maquinaria administrativa para demostrar su inexistencia, como la censura²⁴, el control aduanero de las publicaciones, la expurgación de las bibliotecas, los procesos a los que poseyesen publicaciones consideradas clandestinas, aspectos que explican la práctica inexistencia de una bibliografía sobre el exilio republicano anterior a los setenta. Este intento de borrar su memoria no fue sin embargo efectivo, pues a pesar de los obstáculos interpuestos por la dictadura al conocimiento de las obras de los exiliados, su labor creadora se transmitió a las nuevas generaciones. A ello contribuyó sin duda el tímido aperturismo del régimen desde mediados de los años 50, cuyo mito de país nuevo con una economía boyante necesitaba paz y reconciliación, lo que hacía el momento más propicio para arreglar las viejas cuentas pendientes con los exiliados. Además, su disidencia era menos peligrosa en este contexto de bonanza económica y se iba viendo debilitada por la vejez de sus miembros. También hemos de contar con otro aspecto, relacionado con la *Hauntology* o ciencia social que estudia la influencia en el presente, de los fantasmas de la memoria colectiva de los pueblos. Como todo espacio de la memoria no cerrado, el exilio

²² P. Ilie (1980), p. 61.

²³ P. Ilie (1980), p. 4.

²⁴ Sería interesante desarrollar la influencia que pudo o no tener la censura en el tratamiento del exilio por parte de los autores fascistas. Sin duda, existió como bien señala M. L. Abellán (1987), p. 23: «Paralelamente a este tajante control de los instrumentos de cultura, las cárceles rebosaban de prisioneros, centenares de miles de personas se exiliaban y el resultado de todo ello, en el interior del país, se asemejaba a una auténtica *tabula rasa*».

republicano continuó proyectándose hacia el momento presente durante toda la dictadura franquista. Lo hizo primero en la forma de grandes figuras como Picasso, Buñuel, Pau Casals, Alberti, lo que sirvió de acicate para el descubrimiento de otras personalidades republicanas de segundo orden²⁵. En conclusión, esta visión del exilio silenciado que borraba lo exogámico de España, se volvió contra el propio régimen. Hizo a los jóvenes destapar la punta del iceberg por comparación con la mortecina vida cultural franquista, llevándoles a lo que se pretendía evitar por todos los medios: la indagación de las causas del exilio, o sea, la República y la Guerra. Esto no hace descabellada la audaz afirmación de Javier Pradera, que presentaría el surgimiento del antifranquismo militante como consecuencia de la vuelta de ese fantasma mal enterrado del exilio republicano: «Sin embargo, no parece arriesgado suponer que el antifranquismo surgió en las universidades de Madrid y Barcelona a mediados de los 50, en gran parte como consecuencia del descubrimiento del exilio republicano y de sus causas»²⁶. Pero no todo fue silenciamiento en relación con el exilio republicano, como prueba la obra de Joaquín Comín Colomer *La República en el Exilio*²⁷. Esta obra podemos verla como el paradigma gráfico de la tendencia beligerante hacia el republicanismo exterior que también existió siempre, y que marca unas líneas comunes con parte de la literatura de ficción que posteriormente examinaremos. Comín Colomer se propone resaltar dos hechos en su voluminoso libro: la división y rivalidades internas de los exiliados, y el carácter poco democrático de sus instituciones, que han traicionado el ideal republicano. Para ello, reconstruye cronológicamente los acontecimientos y los diferentes gobiernos republicanos, caracterizados por la omnipresencia de masones y comunistas, presentando a destacados miembros republicanos como homosexuales. El texto también presenta enormes dosis de antisemitismo, sobre todo en el tratamiento de la masonería. En cuanto a la tragedia de los exiliados que salieron por la frontera, pone toda la culpa en el ineficaz gobierno de Negrín, cuyos dirigentes, más pendientes de marchar a Francia, empujaron a un duro exilio o a la muerte a miles de inocentes con interesadas propagandas. Todo ello aparece salteado con constantes comentarios personales despectivos e irrespetuosos hacia el oponente político «la charca de la inmigración», sin pasar por alto el famoso incidente del oro de Moscú. Otro aspecto que destaca son los privilegios de unos pocos exiliados, que se dieron la buena vida en París o México con el dinero que sacaron de España, frente a los «exiliados de alpargata», abandonados por sus líderes a la miserable existencia de los campos de concentración. El mito de Rusia es desmontado, y el autor presenta con fruición numerosos testimonios del control férreo, de la inhumana disciplina, del uso de los exiliados españoles como carne de cañón o mano de obra en las fábricas, para describir el «paraíso comunista». La condena internacional del régimen franquista sería el resultado de un contubernio de la masonería internacional y el exilio republicano

²⁵ Javier Pradera refleja muy bien este pensamiento: «Las ausencias eran demasiado espectaculares como para que la búsqueda de respuestas no pusiese en marcha una indagación más amplia» (N. Sánchez Albornoz 1991, p. 239).

²⁶ N. Sánchez Albornoz (1991), p. 241.

²⁷ J. Comín Colomer (1957).

contra España. La llegada al tiempo en que es escrita la obra, muestra a un exilio desfondado, sin iniciativa y que va a remolque de los acontecimientos²⁸. La creación cultural del exilio republicano es prácticamente obviada y, cuando aparece, sus instrumentos, como por ejemplo las revistas, son desacreditadas como meros objetos de propaganda, mediante la exageración del vínculo que muchas veces existió entre cultura y lucha política.

Si el antisemitismo, como vemos, fue una constante en la literatura fascista en general, el mismo exilio judaico era un modelo demasiado obvio para no ser utilizado por el fascismo español²⁹. Así, cuando Luís de Santa Marina en *Retablo de la Reina Isabel*, reconstruye en una serie de cuadros los principales hitos del añorado reino de los Reyes Católicos, no puede evitar caer en la tentación de traer constantemente los acontecimientos al momento presente, llamando a los que pelean en la Guerra de Granada «falange de extremados»³⁰, describiendo los reinados anteriores a los Reyes como anarquía, en una clara alusión a la República, e hipersexualizando a las mujeres hebreas como se haría siempre con las republicanas. Su obra ejemplificaría perfectamente el silenciamiento del exilio, pues al tratar el tema de la expulsión de los judíos, tras llegar al decreto, despacharía el resto con un elocuente «Y lo demás lo sabemos todos»³¹. En *Frontera*, Darío Fernández Flórez proyectaría en el exilio la construcción ideológica fascista de la República, llevando su supuesto problema de orden público y delito a la Francia de los exiliados, a los que pinta totalmente criminalizados³². Ya en su prólogo advierte el autor de que va a presentar en tono crudo y realista un mundo desconocido en España. De este modo, los exiliados republicanos aparecen como un elemento distorsionador del orden y armonía del entorno legalista francés, con feroces luchas políticas de comunistas y anarquistas, degradados hasta el canibalismo, y con la desilusión y el resentimiento de saber que el tren de la Historia ya ha pasado para ellos. Desde un punto de vista ideológico, el exilio es caracterizado por una falta de sinceridad intelectual —se cree en el comunismo o en el anarquismo porque se necesita creer en algo para capear la situación—, y por un vacío de ideas, al que sustituyen una inercia opositora y una violencia, que tiene más su origen en la frustración que en la consecución de unos objetivos políticos. No mejor imagen del exiliado nos presenta Giménez-Arnau³³ en *La Tierra Prometida* (1958), en la que el pecado cometido por el republicanismo ha de ser expiado por su protagonista. «This sin, rather than sacrifice,

²⁸ Algunas de las críticas de Comín Colomer tienen su paralelo en las propias filas del exilio republicano, como la de Luis Araquistain en el Congreso Socialista de Toulouse, que destacó el carácter ficticio y artificioso del gobierno en el exilio, así como su ineficacia política y falta de influencia sobre lo que estaba ocurriendo en España (J. L. Abellán 1976-78, pp. 21, 22).

²⁹ Fue un tema muy recurrente en la visión republicana de su propio exilio, por ejemplo en testimonios como el de Silvia Mistral: *Éxodo. Diario de una refugiada española*, México D.F., Ediciones Minerva, 1940, e incluso Paul Ilie le dedica el capítulo tercero en su obra ya citada.

³⁰ L. Santa Marina (1949), p. 16.

³¹ L. Santa Marina (1949), p. 130

³² D. Fernández Flórez (1953).

³³ J. A. Giménez-Arnau (1959).

could only be redeemed through punishment»³⁴. De este modo Andrés, tras decidir volver a España, morirá avistando sus costas pero sin poder pisarlas, negándosele al exilio republicano la reintegración que es reconocida como parte del proceso total del fenómeno³⁵. Sólo existirá ésta de forma individual, y estará únicamente reservada a la segunda generación de exiliados, como su hijo Andresillo y su amigo Diego. El grupo de republicanos, ejemplificado en el grupo de amigos de Andrés, es por otra parte descrito de forma negativa, como dividido y heterogéneo, ejerciendo presión y control sobre sus miembros y con una relación hipócrita hacia España. Este ser exiliado sin convicción es mostrado por el autor a base de monólogos que descubren la verdad de los pensamientos de los personajes, en contraste con el diálogo de la tertulia en el que mantienen su careta de exiliados antifranquistas.

Estas tendencias descritas, bien sean denigratorias o silenciadoras del republicanismo en el exilio, tuvieron como contrapartida otras más positivas, procedentes en su mayoría de la élite intelectual del interior. Esta visión más amable o al menos reconocedora de la existencia de una España Peregrina, podemos rastrearla casi desde el final de la guerra, por lo que es más exacto hablar de tendencias paralelas que de una pura evolución cronológica, si bien hemos de tener en cuenta el cambio ideológico del propio régimen franquista. De este modo, ya en el año 1940 Torrente Ballester, en línea con otros intelectuales de la época como Ridruejo reconoce en su artículo «Presencia en América de la España Fugitiva» la labor cultural de la España del exilio. No obstante, la usa como argumento para galvanizar la estancada vida intelectual española, a la que pone ante la tesitura de que la España Peregrina está ganando la guerra de la cultura, y alzándose con la capitanía cultural del mundo hispánico. También encontramos una actitud de reconocimiento en *Los Españoles en la Historia* de Menéndez Pidal³⁶, que con toda la buena fe del mundo llega a proponer la reintegración del exilio en una España única y eterna que le ofrezca cauces de evolución y reforma, si bien no sabemos si es de la que hubiese querido formar parte todo el exilio, especialmente los nacionalismos periféricos. Más tardía sería la polémica entre los intelectuales fascistas y los desterrados³⁷. Como ya hemos comentado, el régimen político salido de la guerra civil necesitaba una mayor reafirmación internacional en los años 50, lo que marcaría el comienzo de una nueva fase en las relaciones con el exilio, saliéndose del desconocimiento mutuo de los años anteriores³⁸. Todo empezó con un artículo de Robert G. Mead publicado en 1951, en *Books Abroad. An International Literary Quarterly*, en el que se señalaba el deterioro de la vida intelectual española y la superioridad de los intelectuales emigrados³⁹. Julián Marías le contestó en la misma revista, y sin negar la valía de los inmigrados reivindicó a intelectuales del interior como Zubiri, Lapesa,

³⁴ M. Richards (1993), p. 101.

³⁵ P. Ilie (1980), p. 158.

³⁶ R. Menéndez Pidal (1947).

³⁷ Una revisión detallada de esta polémica se puede ver en Elías Díaz (1974), pp. 93-108, si bien en este autor no incluye los precedentes ya descritos de la década anterior.

³⁸ E. Díaz (1974), p. 93.

³⁹ R. G. Mead (1951), pp. 223-226.

Blecua, Antonio Tovar, Caro Baroja, Maravall, Marañón o Cela entre otros⁴⁰. Además señalaba algo crucial, como el hecho de que los intelectuales del exilio no estaban perdidos para España, si bien no andaba fino al minusvalorar el peso de la política en la vida intelectual del país. Guillermo de la Torre desde el exilio le contestaría recordándole lo contrario, especialmente en los regímenes autoritarios fuertemente politizados como el franquismo⁴¹. Este autor, además admitiría la voluntad de diálogo y una nueva actitud de concordia y comprensión. Es en este contexto en el que surgen dos artículos de Aranguren en el año 1953, uno publicado en Puerto Rico sobre los intelectuales del interior⁴², cuyo envés, publicado en España sobre los intelectuales en el exilio marca un cambio muy importante en la actitud fascista ante el fenómeno. El autor, tras afirmar rotundamente la españolidad de la España Peregrina y defender su labor cultural, defiende la necesidad de diálogo con los exiliados, ahondando en la idea que también recogía Menéndez Pidal de que ambas Españas se necesitan para estar completas⁴³. Aranguren concluye en que el intento de superar la añoranza es la hispanidad, como síntesis de la nueva vida americana y la antigua española, solución limitada en si misma, pues no incluye a los exiliados republicanos en Francia u otros países. Otros intelectuales como Sánchez Albornoz, Gerardo Rivas, Eduardo Blanco Amor contestaron a Aranguren desde el exilio, declarando imposible el puente en tanto no se modificasen las condiciones de la España franquista, y el propio Ramón J. Sender participaría en la polémica, si bien todos los detalles se salen de las dimensiones de este artículo. Si me gustaría dejar constancia de la labor del exilio interior en este cambio de la mentalidad fascista del exilio exterior, reivindicada por Javier Pradera, y en la que destacaron intelectuales de la talla de Manuel García Pelayo, German Bleiberg o Enrique Tierno Galván⁴⁴.

Este reajuste de la actitud hacia el exilio republicano aparecería también reflejado en obras de ficción como *Ha Estallado la Paz* de José Gironella y *Callados como Muertos* de José María Pemán⁴⁵. En la primera, Ignacio Alvear, un joven nacional destinado en fronteras, entra en contacto con el exilio, lo que le permite observar compasivamente la sordidez y el padecimiento de los refugiados republicanos. Éstos ya aparecen individualizados, y su visión supone un avance en términos de objetividad, pues se supera el maniqueísmo anterior, con militares franquistas de alta graduación corruptos que se enriquecen con negocios ilícitos en la frontera, y una referencia al exiliado más informativa que valorativa, dejando al lector sacar sus propias conclusiones. Este esquema se trasladará también a Rusia, en el tratamiento del exilio en ese país, con una visión desmitificadora de la Unión Soviética basada más en la comprensión humana que en la hostilidad. Así, Cosme Vila, desde su programa de radio en Rusia continúa presentando al país como un paraíso, más que

⁴⁰ J. Mariñas (1952).

⁴¹ G. De Torre (1953).

⁴² J. L. Aranguren (1953).

⁴³ El mismo concepto «two incompatible entities that seek reconciliation or if they do not, their nostalgia will persist with their incompleteness» es denominado *Reversibility Principle* por Paul Ilie (12).

⁴⁴ N. Sánchez Albornoz (1991), p. 236.

⁴⁵ J. Gironella (1966); J. M. Pemán (1952).

por temor a represalias, por la incapacidad de afrontar el dolor que resulta el tener que renunciar a un sueño. Mucho más rompedora es aún la obra de teatro de Pemán, a pesar de ser más temprana. Ésta desarrolla un tema ya conocido, el de la vuelta de un exiliado republicano a España, pero planteando un conflicto de honor, pues es el antiguo amante de la mujer de un diplomático franquista. Este diplomático es nombrado embajador en la imaginaria Puerto Grande del Sur, donde reaparece como un fantasma del pasado, el republicano Jaime, que a pesar de sus ideas es buen español, decente y que protege la bandera de un asalto de unos incontrolados a la embajada. Tras descubrir su identidad, el embajador se verá en la obligación moral de ayudarlo a volver a España para salvar su vida, lo que causará numerosos problemas a ambos. España no es esa madre patria donde los buenos españoles no tienen nada que temer, sino un lugar con una legalidad inflexible, donde las buenas acciones chocan con la incomprensión de la sociedad convencional franquista, que queda muy mal parada. Tanto el exiliado republicano, a pesar de ser «bueno», como sus favorecedores terminarán condenados a la represión o al ostracismo del exilio interior.

La evolución del pensamiento franquista sobre el exilio aún tendría tiempo para dar una vuelta de tuerca más, antes de la muerte del dictador. Algunos exiliados republicanos ya habían empezado a publicar en editoriales españolas desde mediados de los 50, como Francisco Ayala o Ferrater Mora. Estas relaciones del régimen con los intelectuales exiliados se irán intensificando con los años, empezando a instalarse muchos a España o visitándola con frecuencia, lo que produjo un intento de restauración de los mismos con fines propagandísticos. El hecho de que esta recuperación coincidiese con la vejez o cercana muerte de muchos de sus miembros, ha llevado a pensar a algunos historiadores, a tenor de esta circunstancia, en el hecho de que las autoridades oficiales se aprovecharan de ella, propiciando el acercamiento y recuperación de estas figuras con el objeto de capitalizar su prestigio moral e intelectual⁴⁶.

A modo de conclusión y, por las razones ya expresadas en este estudio, podemos hablar más de líneas generales que de resultados concluyentes en lo que respecta a la construcción fascista del exilio. Generalmente, las obras que trazan la figura del exiliado nacional son tempranas, en un afán claro de los vencedores de ganar la partida en la construcción de la memoria de su propio exilio, y victimizarlo ante el republicano. El tiempo de la narración de los hechos es lógicamente anterior a 1939, frente a la visión fascista de los republicanos que abarcaría acontecimientos anteriores y posteriores a esta fecha. La España Franquista y sus valores son proyectados en su exilio, que es por tanto homogéneo, armónico, sacrificado, señorial, religioso y sobre todo autosuficiente, al igual que la España a la que pronto volverá. Hago esta apreciación, porque el exilio fascista es concebido siempre en términos de provisionalidad, produciéndose generalmente la reintegración, que cierra el espacio figurativo circular del fenómeno⁴⁷. En términos generales y salvo algunas obras

⁴⁶ J. L. Abellán (1975), p. 25.

⁴⁷ No hemos de olvidar que se trata de obras escritas tras la guerra, una vez conocida la victoria, lo que sin duda debió influir a la hora de marcar este aspecto de la provisionalidad. Por otro lado, el exilio fascista, nunca fue concebido como una España Peregrina y no perdió el espacio figurativo central, por lo que no tuvo que construir otro centro, sino que éste fue la España Solariega (P. Ilie 1980, p. 60).

de la «Literatura de Embajada», su gran creación, no son testimoniales, por lo que el desconocimiento directo del asunto tiende a una notoria simplificación de la realidad exiliada. En cuanto al tratamiento, y de nuevo con las salvedades de la «Literatura de Embajada», la visión fascista de su exilio se caracteriza por un esquematismo maniqueo que no profundiza demasiado en los personajes, y por una absoluta falta de autocrítica, con la excepción ya comentada de *Callados como Muertos* (1952). El exiliado fascista es normalmente varón, de clase media o elevada y sin razón para ser perseguido, aunque no acepta la legalidad republicana. El menor contingente en el número de exiliados fascistas, así como su menor dispersión, hace que los lugares en los que tiene lugar la acción sean mucho más limitados que los exóticos escenarios adonde los autores republicanos llevan a sus exiliados⁴⁸. Sin embargo, frente a los lugares tradicionales de destino republicano, el exiliado religioso nacionalista abre otro, la ansiada Roma. En el lugar de destino, el extrañamiento es producido por los mismos elementos que en los exiliados republicanos, comida, clima, lengua, si bien en su contacto con la nueva cultura se caracteriza por la afirmación rígida, el dogmatismo y la proyección del sentido imperial y totalitario del franquismo. Así, como vimos en *Nieves en Buenos Aires* (1955), el intento de integración propuesto no es una unidad real, sino una perpetuación de la exégesis tradicionalista incapaz de comprender las relaciones entre España e Hispanoamérica⁴⁹. Cuando se emplea la historia, se proyecta hacia el presente, sin cuestionarse y con un uso mítico, como por ejemplo el éxodo judío en *Retablo de la Reina Isabel* (1940). También puede subrayarse que, en general, hay en las actitudes de los creadores y de los personajes un intento de abarcar la españolidad, de representar su esencia, bien sea con la actitud temeraria quijotesca de un Javier Mariño o con la febril actividad teresiana de una Sor Victoria en *La Monja Fugitiva* (1939).

Como se puede deducirse fácilmente, la visión fascista del exilio republicano abarca un periodo más amplio, por una presencia histórica más extensa de su realidad. Podemos observar dos tendencias hacia el fenómeno por parte de los autores fascistas, y que se dieron de forma casi paralela desde el final de la guerra, si bien la segunda se fue imponiendo a la primera en los años 60. La primera, tendría como objetivo la omisión o el descrédito de la memoria futura del exiliado. De este modo, y a la connotación negativa que tenía ya el exilio *per se* dentro de la narrativa franquista del triunfo, como pérdida de una patria, se añadieron métodos retóricos que manipulaban su realidad, con el objeto de degradarla. Criminalización, determinismo social, maniqueísmo, desideologización, asiaticización —el fascismo defendería los valores de la civilización occidental—, comunistización, que interesaba, especialmente tras el inicio de la guerra fría y las aproximaciones del régimen a los Estados Unidos, fueron sólo algunas de estas tácticas, que estarían en el primer estadio de mitificación narrativa⁵⁰. Esto, cuando no se silenciaba su memoria, pues se trataba siempre de dejar claro que estarían permanentemente ausentes y no tendrían

⁴⁸ El Caribe como por ejemplo en *Medina del Mar Caribe* (1965) de Eduardo Capó-Bonnofans o la propia África como en *Ani Termidor* (1974) de Paulino Romero.

⁴⁹ N. Sánchez Albornoz (1991), p. 180.

⁵⁰ D. Heizderger (1995), p. 76.

lugar en el futuro de la nación, al no merecer ser españoles. De este modo, el estereotipado exilio republicano es pintado como irreligioso, hipócrita, con una fuerte presión de grupo y, sobre todo, dividido. Se incide en su decrepitud y decadencia física, que suele mostrar su interior moral e ideológico. Si se trata de una mujer, aparece fuertemente sexualizada, por ejemplo tomando el papel de una prostituta, y siempre se pretende resaltar la división en clases muy marcadas, en las que una pequeña élite disfruta de una vida mucho mejor que el exiliado común y silvestre, abandonado en los campos de concentración, en las fábricas rusas, o vegetando por los cafés del sur de Francia. Normalmente su descripción negativa se destaca en contraposición a otro personaje nacional o con convicciones religiosas. Si alguna vez se les admira es por oponerse a sus irracionales camaradas o como hombres de acción. El desengaño de Rusia es un denominador común en casi todas las obras, y el exilio francés es visto de forma más negativa que el americano, quizás por su carácter más proletario, su mayor politización y su cercanía, lo que le hacía más peligroso. Resulta llamativo, cómo este último es obviado hasta por las posturas más liberales hacia el exilio, como vimos en Aranguren con su propuesta de hispanización. La segunda tendencia, más amable hacia el exilio republicano que la anterior, es eminentemente intelectual y muchas veces obedece más al talante del autor que a razones estrictamente cronológicas. De este modo, y casi desde el final de la guerra se oyen voces aperturistas que reconocen su labor, pasándose posteriormente a la reintegración, eso sí, como una parte de la España Eterna y sólo dirigido a las élites intelectuales y liberales del exilio, entre las que no se incluyen los políticos. También en esta línea más liberal de los autores fascistas, puede darse el hecho de que se tome la voz del exiliado republicano como excusa para criticar al régimen franquista de forma indirecta, bien sea a través de personajes de ficción, o caracterizando su apertura intelectual como ejemplo a seguir.

OBRAS CITADAS

- ABELLÁN, José Luis: *La Industria Cultural en España*, Madrid, Edicusa, 1975.
 — ed. *El Exilio Español de 1939*. 6 vols. Madrid, Taurus, 1976-1978.
 — *El Exilio como constante y como categoría*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
 ABELLÁN, Manuel L.: *Censura y literaturas Peninsulares*, Ámsterdam, Rodopi, 1987.
 ARANGUREN, José Luis L.: «La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración», *Cuadernos Hispanoamericanos* 38 (1953), pp. 123-156.
 — «La condición de la vida intelectual en la España de hoy», *La Toore*, 4 (1953), pp. 78-96.
 AZORÍN (pseud. de JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ): *Espanoles en París*, Madrid, Austral, 1939.
 CALVO SOTELO, Joaquín: *La Vida Inmóvil*, Valladolid, Librería Santarén, 1939.
 COMÍN COLOMER, Joaquín: *La República en el Exilio*, Barcelona, AHL, 1957.
 DÍAZ, Elías: *Notas para una Historia del Pensamiento Español Actual (1939-1973)*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1974.
 FERNÁNDEZ FLÓREZ, Darío: *Frontera*, Barcelona, Destino, 1953.
 FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao: *Obras Completas, Una Isla en en Mar Rojo*, Madrid, Aguilar, 1950.
 FERRARI BILLOCH, F.: *La Monja Fugitiva*, Valladolid, Librería Santarén, 1939.

- GIMÉNEZ-ARNAU, J. A.: *La Tierra Prometida*, Barcelona, Destino, 1958.
- GIRONELLA, José: *Ha Estallado la Paz*, Barcelona, Planeta, 1966.
- HEIZDERGER, David: *The novel of Memory, Narrating the Past. Historiography and the Novel in Post-War Spain*, Duke, Duke UP, 1995.
- ILIE, Paul: *Literature and Inner Exile*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1980.
- INSUA, Alberto: *Nieves en Buenos Aires*. Madrid, Editorial Tesoro, 1955.
- MARÍAS, J.: «Spain is in Europe», *Books Abroad. An International Literary Quarterly*, 26 (1952), pp. 233-236.
- MEAD, R. G.: «Dictatorship and Literature in the Spanish World», *Books Abroad. An International Literary Quarterly*, 25 (1951), pp. 223-226.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *Los Españoles en la Historia*, Madrid, Espasa Calpe, 1947.
- NEVILLE, Edgar: *Don Pedro Hambre. Frente de Madrid*. Madrid, Espasa Calpe, 1941.
- PEMÁN, José María: *Callados como Muertos*, Madrid, Alfíl, 1952.
- RICHARDS, Michael: «From War Culture to Civil Society: Francoism, Social Change and Memories of the Spanish Civil War», *History and Memory*, 14, (1993) pp. 93-120.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio: *Literatura Fascista Española*, Madrid, Akal, 1986.
- SANTA MARINA, Luis: *Retablo de la Reina Isabel*, Barcelona, Yunque, 1949.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás: *El Destierro Español en América. Un trasvase cultural*, Madrid, Siruela, 1991.
- TORRE, Guillermo de: «Hacia una reconquista de la libertad intelectual», *La Torre*, 3 (1953), pp. 117-118.
- TORRENTE BALLESTER, Gonzalo: «Presencia en América de la España fugitiva». *Tajo* 10 (1940), pp. 9-15.
- *República Barataria*. Madrid, Ediciones Escorial, 1942.
- *Javier Mariño: Historia de una conversión*, Madrid, Editora Nacional, 1943.